

PERSPECTIVAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA ANTE LAS EXIGENCIAS DE AFIRMACION ORIGINAL Y UNIVERSAL DE HISPANOAMERICA

EDGARDO BUITRAGO

Sean las primeras palabras que pronuncie, en esta para mí dichosa ocasión, de profunda y sincera gratitud para vosotros por el señalado honor que me habéis conferido al llamarme a formar parte de esta Ilustre Corporación. Y permitidme que os exprese así toda mi emoción, con la sencillez y la simplicidad de esta sola palabra: "gracias", para resguardarme, precisamente con su sencillez y su simplicidad, de todo peligro de afectación o de falsa modestia, y asegurarme plenamente en mí mismo de la autenticidad con que quiero presentarme.

Y permitidme también que al abrir por primera vez mis labios en el seno de esta Academia, extraiga desde el fondo de mi alma un vivo sentimiento de evocación del nombre del Doctor Don Pablo Buitrago, a quien correspondió en 1870 ser el primer nicaragüense académico de la lengua y cuya actuación en pro de nuestra Cultura trascendió las fronteras nacionales. Por la sangre de mis venas y por la sangre de mi espíritu viene, así, hasta mi palabra su recuerdo, que os ruego sepais recoger en vuestros benévolo corazones.

Tras de esta evocación quise primeramente atender la sugerencia que me hizo el Excelentísimo Señor Director de la Academia, maestro de generaciones, Doctor Carlos Cuadra Pasos, de estudiar en mi discurso de ingreso la personalidad del Doctor Buitrago; y en verdad que el tema, —superando lo meramente afectivo y anecdótico—, es sumamente atractivo por cuanto su vida se desenvuelve en uno de los períodos más interesantes de nuestra historia, como es el que va de la ruptura del Pacto Federal a la Guerra Nacional. Pero la falta de documentación suficiente para acometer esta empresa me hizo desistir por el momento de ella y lanzarme a este otro tema, no menos inquietante, con que vengo ante vosotros: "Perspectivas de la lengua española ante las exigencias de afirmación original y universal de Hispano América". Creo que las circunstancias actuales del mundo y de la cultura hacen llegar ya aquel momento supremo anunciado por Rubén en que "habrán de cantar nuevos himnos lenguas de gloria"; y que es deber de cada uno de nosotros examinar y reconocer las posibilidades que nuestros propios elementos tienen para asegurar su plena realización. Tal mi propósito que no sé si he logrado alcanzar.

Y con vuestra indulgente atención paso a dar lectura a mi discurso. Mas no quiero terminar esta breve introducción sin manifestar de manera muy especial mi agradecimiento por el amable gesto de don Pablo Antonio Cuadra al aceptar gustosamente contestarme; gesto que sin ninguna duda, constituye una alta distinción por su elevada e indiscutible posición en las letras nacionales y en el campo general de la cultura.

Señores académicos:

Un paisaje arrogante y majestuoso sacudió hace pocos meses mi espíritu, haciendo vibrar dentro de él con

gran intensidad, un viejo sentimiento que ya venía golpeándome desde hacía mucho tiempo y desde diferentes latitudes. Eran las alturas desafiantes de los Andes. Era la montaña abrupta y salvaje por donde aún pasa el camino del inca y en donde todavía se levanta el prodigio arquitectónico de Machu Pichu. Era la tierra misteriosa y legendaria en la que el indio puso amorosamente su oído para escuchar en el viento, en el río y en el trueno las voces de sus dioses. Tierra de emperadores, —verticalmente imperial—, erguida hasta tocar casi el mismo cielo con su eterna corona de nieve. Tierra de bravos y de fieros, cortada en agresivos contrastes de elevación y de abismo, en la que el viento lleva los indescifrables mensajes que solamente entendían los que entendían al eco; y en donde el río salta furiosamente de peñasco en peñasco y se revuelve sobre si mismo para reventar, —todo espuma—, sobre su mismo lecho, mientras la distancia se llena de su aterrador bramido. Pero, por sobre todo, era el horizonte de piedra del Cuzco. Por sobre todo era aquel augusto horizonte recortado entre empinados picos y tallado para los siglos en palacios y en templos. Allí, sobre la piedra labrada por el inca, la piedra que después labraron manos españolas formó de las dos una sola unidad bajo el signo de la Cruz, y la argamasa fue canto de nueva vida en la plenitud del mestizaje. Allí, —como creo que en ninguna otra parte de Hispano América—, la piedra puede representar tan exactamente la realidad de nuestros pueblos: la realidad de nuestro vigoroso y fecundo mestizaje indo-hispano, que tampoco nadie puso tan de manifiesto desde sus propios comienzos como aquél glorioso hijo del Cuzco, el Inca Garcilaso.

La conciencia de una sólida e indestructible "unidad hispanoamericana" quedaba definitivamente afirmada en mi alma. Argentina, México, Centro América, Chile, habían venido siendo momentos sucesivos, que ahora se integraban en una fuerte y pujante unidad de tiempo y de espacio. Es la experiencia que tiene que gozar todo aquél que tenga la oportunidad de poner en contacto su espíritu con el de los diversos pueblos, que desde México hasta el sur del continente, pretenden inútilmente levantar banderas y escudos nacionales para definirse como estados separados los unos de los otros. Es la obra gigantesca y portentosa de España, que no puede llegarse a comprender ni a valorar nunca en toda su inmensa magnitud hasta que no se está, en pleno valle de Texcoco, —y en pleno siglo XVI—, ante los colosales muros de San Agustín de Acolman; o hasta que no se llega al rico y espléndido arte colonial de Puebla y Ciudad México; o al pie del Volcán de Agua hasta aquellos imponentes conventos de Ciudad Antigua, que eran escuela, granja y taller; y hasta aquella maravilla indescriptible del barroco quiteño; y hasta aquellos claustros solemnes, impregnados de oración y de estudio, de caridad y de amor al indio de

los impresionantes conventos de Lima. O bien hasta que no se camina por la Calle Florida de la pujante Buenos Aires y no se ve y no se oye al inmigrante, pronunciar con orgullo el español y adentrarse, con seguridad de triunfo, por lo más hondo y más puro de nuestra tradición.

Todo, en verdad, señala en nuestros pueblos una idéntica personalidad y un común estilo de ser: creencias y costumbres, arte, propósitos y esperanzas. Todo pone en evidencia esa clara y robusta conciencia de unidad hispanoamericana, forjada por la fusión de dos razas en el crisol de lo cristiano, y que cada vez más afirma con mayor decisión su perfil propio y distintivo en lo universal. Mas, sin ninguna duda, es el idioma el elemento que más nos identifica y más nos acerca y compenetra los unos a los otros. Esto lo comprendemos y lo valoramos mejor cuando ante el común denominador de lo hispánico, sentimos la presencia de grupos de indígenas que todavía viven dentro de los misterios de sus primitivas lenguas. Entonces, la variedad de dialectos del indio mexicano, del descendiente de los maya-quiché de Guatemala y del quechua del Perú, surge como peligroso factor de aislamiento y división, mientras el español cobra con toda claridad su carácter de verdadero elemento de unificación y de incorporación en lo universal.

Más de ciento seis millones de seres constituían hacia 1950 esta unidad; lo que permitía al español, —con los 28 millones de la propia España y con los 2 millones y medio repartidos por las tierras de Filipinas y de otros continentes—, contar con un dominio total de 137 millones de parlantes que lo convertían en el quinto idioma de mayor difusión en el mundo (Y eso, contando como idiomas unificados al chino por una parte y al indio y al sánscrito por otra; pues, sin contar con éstos como primero y segundo respectivamente, quedaría para el nuestro el tercer puesto después del inglés con 260 millones y del ruso con 180 millones)

Esta realidad se acrecienta todavía más ante las perspectivas del crecimiento general de nuestra población: Según los datos y cálculos estadísticos, que de diferentes organismos internacionales nos presenta en su magnífico estudio sobre el crecimiento económico de Latino América el destacado profesor chileno Alberto Baltra Cortés, "la población latinoamericana ha crecido con una tasa media del 2,4% "que es el coeficiente regional más alto del mundo". Entre 1920 y 1955 la población de América Latina pasó de 85 millones a 175 millones, es decir, se duplicó con creces, lo que constituye un fenómeno que, en este siglo, no se ha presentado en ningún caso similar. Con esta tasa de aumento, en 10 años América Latina habrá aumentado su población en 30% La Comisión Económica para América Latina, —termina de decirnos Baltra Cortés—, calcula que, en 1980 la población de estos países será de 318 millones y que alcanzará a 443 millones en el año 2000" (1).

Ahora bien, si consideramos que hacia 1955, o sea, al momento de empezar a registrarse el índice de crecimiento antes señalado, del total latinoamericano de 175 millones, corresponden un poco más de 61 millones y medio de habitantes al Brasil y cerca de 3 millones y medio a la República de Haití, quedarían para Hispano América cerca de 110 millones; lo que quiere decir que, en el total latinoamericano, el Brasil representa el 35.2% e Hispano América el 63%. De modo que, si continuara —co-

mo es de esperarse que continúe—, la misma proporción, tendríamos para Hispano América un total de más de 200 millones para 1980 y de cerca de 280 millones para el año 2000

Se comprenderá, sin embargo, que no es tan sólo en el volumen de estas cifras en donde residen las posibilidades de una afirmación, dada vez más decisiva en lo universal de Hispano América, cuanto en su misma realidad de "unidad cultural americana"; en la cual no creo que deba considerarse por separado al Brasil, sino al contrario por cuanto los factores constitutivos de "lo brasileño" son de la misma naturaleza que los nuestros y vienen a complementarse, en definitiva, con "lo Hispanoamericano" (2).

Me estoy refiriendo, señores académicos, a esas exigencias de afirmación original y universal que la actual crisis de la Cultura plantea al mundo Americano.

Es evidente que se ha verificado un desplazamiento del centro motor de la Historia hacia nuestro continente. Lo vemos en la misma alternativa de "Oriente u Occidente" en que parece encerrarse en nuestro tiempo el drama de la cultura y el futuro de la Historia, y en la cual el pueblo americano de los Estados Unidos carga con la responsabilidad de significar uno de los extremos. Pero lo apreciamos y lo sentimos de verdad cuando sabemos reconocer en esta pretendida exigencia de: "Oriente u Occidente" no una simple y necesaria elección entre dos conceptos de vida ya formados y perfectamente establecidos, sino más bien el signo con que se denuncia una crisis de desintegración de conceptos de esta clase (los de "lo burgués") que implica, indefectiblemente de por sí, toda una urgente y angustiosa demanda de re-estructuración o de re-creación de valores universales de la Cultura, y por consiguiente del pueblo que ha de realizarla. Ante América parece levantarse entonces un llamado de la Humanidad, un reclamo de sus valores propios y originales, o para decirlo más concreta y más realmente: un reto de la Historia.

Habrà quienes, —como la connotada historiadora y arqueóloga italiana Pía Laviosa Zambotti—, consideren que la respuesta de América está confiada, sin reservas, al pueblo norteamericano, entre otras cosas por su industrialismo, por su tradición protestante y por su culto a la libertad y a la fraternidad universal (3). Más habrá otros, en cambio, que, —como el ilustre maestro mexicano don José Vasconcelos—, confíen con mayor seguridad para tal misión en la concepción católica de igualdad de razas y en las esencias revitalizadoras del mestizaje que forman el ser de Latino América (4).

Sin entrar a discutir la validez de una u otra interpretación de lo americano, —por más tentado que me sienta a hacerlo ante la enorme trascendencia que el asunto tiene de por sí—, no puedo dejar de manifestar mi más firme confianza en los valores propios y originarios de lo hispanoamericano para permitir con mayor efectividad ese desplazamiento hacia nuestro continente del centro piloto de la Historia y esa nueva integración de valores de sentido universal. Creo que a lo largo de los cinco milenios de la Historia han sido siempre los mestizajes los que han dado lugar a las grandes y fecundas recreaciones de la Cultura. Y creo que la falta de atención a este fenómeno es lo que impide a muchos, —y a la distinguida autora italiana particularmente—, bajar un poco

más hacia el Sur del Río Bravo por las vértebras andinas. Porque no es el mestizaje de simple "crisol de razas" el que ha podido y puede realizar las grandes síntesis creadoras, sino el mestizaje hondo y vivificante, de fusión y de penetración de los elementos tradicionales de la Cultura, vividos y participados en plenitud por alguna sociedad, con los otros elementos virginales y verdaderamente nuevos, vividos también y también participados por esa misma sociedad. En nuestro caso concreto: lo hispano-católico y su convivencia con lo liberal y lo norteamericano, por un lado; y lo indígena por el otro.

Más cualquiera que sea la respuesta de América, es innegable que los valores propios y particulares de Hispano América tienen que contar en función de originalidad. Y ante esto, señores, es ante lo que vengo a llamar vuestra atención para preguntarme y para preguntaros: ¿Qué perspectivas de afirmación original ofrece nuestro idioma, —como vehículo de nuestra Cultura o como "actualidad de nuestros valores culturales", como diría Hegel—, frente a estas exigencias históricas y universales?

Si en todos los tiempos ha sido la lengua o el idioma de un pueblo la expresión de su cultura; si a lo largo de la evolución histórica de la Humanidad, el sumerio, el sánscrito, el griego o el latín se levantan como símbolos de grandes creaciones de sentido universal, la identificación entre "lengua" y "cultura" ha venido a adquirir en nuestros días un indudable carácter de verdad científica bajo la influencia de las modernas transformaciones operadas en la lingüística. Tal, entre otros, los formidables alcances de los estudios de Karl Vossler.

Y es que, en realidad, si la cultura es en su más simple expresión la concepción del hombre y del universo; y si ella misma, —en cuanto fenómeno histórico y social—, es "una configuración de conciencia colectiva" (5), un estilo o modo común de ser es claro que la lengua aparezca como la manifestación más viva de esa concepción que toma realidad y cuerpo en las palabras; y como el único medio o instrumento capaz de lograr esa configuración en la común participación de las voces comunes.

Es por esto que el estudio y la investigación del desarrollo histórico de un idioma y de sus posibilidades de expresiones de significación original y universal ha venido a convertirse en un índice bastante seguro para descubrir y valorar las cualidades de su correspondiente Cultura. Y es por esto también que las exigencias históricas de una cultura se vuelven indefectiblemente exigencias de su idioma.

Ante exigencias de esa naturaleza se encuentra el español en América. El llamado de presencia en lo universal que, —según lo que vimos anteriormente—, parece urgir cada vez más a lo hispanoamericano es un reclamo imperioso de sus propias cualidades para lograr con éxito esa presencia. Seguramente uno de los reclamos más imperiosos que puede haber tenido en toda su evolución; y, sin ninguna duda, uno de los más trascendentales y de mayores proporciones históricas.

¿Estaría alguna vez en la mente de algún viejo castellano este sentido de "futuro" con que, a lo largo de diez siglos, se presentaría en nuestra tierra la "nueva lengua" que ellos ofrecían entonces a la unidad y a la universalidad de España? Quizás hubiera parecido algo impo-

sible. Ni siquiera creo que haya llegado a sospecharlo el mismo Nebrija, cuando pleno de optimismo presentaba su Gramática "a la mui alta i assi esclarecida Princesa Doña Isabel" y le hacía ver cómo "siempre fue la lengua compañera del imperio, i de tal manera lo siguió que juntamente comenzaron, crecieron i florecieron, i después junta fue la caída de entrambos" (6). ¿De cuál imperio?, podríamos hoy preguntarle. Porque aquel imperio de Isabel que estaba en el pensamiento de nuestro primer gramático no era en verdad el Imperio, sino el comienzo del Imperio, del glorioso y verdadero Imperio de nuestra Cultura Hispánica, y que por destino y por misión de la misma España, —por el mismo espíritu cruzado de Isabel—, ponía en marcha sus naves hacia América y aún está por comenzar.

Por esta ruta del mar, —camino del oriente por el occidente— descubría el idioma español su esencial y pujante significación de síntesis y de afirmación universal, que ya le estaba anunciado desde su propio origen y que su misma historia nos pone en evidencia.

Fue allá, por el siglo X de nuestra era y "en una pequeña comarca de la Cantabria, —como recuerda Amado Alonso (7)—, montaña de Santander, en la región que el reino cristiano de Oviedo tenía fortificada con unos cuantos castillos para contener al sur de los montes Cantábricos las arremetidas de los árabes", que nació nuestra lengua: lengua que a los cristianos de otras tierras sonaba como trompeta como tambor: "illorum lingua resonat quasi tympano tuba" (8)

El pequeño Condado de Fernán González, convertido desde entonces en la mal sufrida y por siempre rebelde Castilla, llega bien pronto a constituirse en el más extenso de todos y en el más decidido a la Reconquista. Castilla llega a ser el símbolo de España; y en castellano, —en esa lengua que suena como trompeta como tambor—, vibra toda entera el alma de lo hispánico por los acentos épicos del Romancero.

Ningún idioma neo-latino (y aún pudiera decirse que ningún idioma europeo) puede presentar como el castellano esta dramática significación de "tensión universal" en su función creadora de la unidad nacional. Compárese, por ejemplo, su nacimiento con el nacimiento del francés y se verá cómo en éste la afirmación cada vez más general de la lengua original de la "Ile de France" se fundamenta en el ideal de la monarquía unitaria, "sobre el misticismo político" como dice Vossler (9); o sea: en sentimientos de orden y de naturaleza estrictamente nacional; mientras en el castellano su extensión y afianzamiento sobrepasa notablemente este sentido. O más bien: en el castellano, lo nacional cobra sentido y trascendencia universal al presentarse como una tensión espiritual entre Islam y Cristiandad, entre Oriente y Occidente.

Por otra parte, es interesante recordar también ese especial carácter de "síntesis creadora" que demuestra el castellano ya desde el siglo XIII y que trasciende del mismo modo el concepto de lo puramente nacional. Quiero decir: Esa integración, dentro de los valores tradicionales de lo hispánico, de los otros valores culturales significativos de la tensión universal de entonces, de que se hace viva expresión la prosa castellana y que con tanta claridad nos lo hace ver el siguiente párrafo de don Angel

Valbuena Pratt: "Paulatinamente el castellano va sustituyendo al latín en las polémicas religiosas, en las colecciones de apólogos, en las obras históricas. Los modelos árabes influyen ya directamente en los textos romances, ya mediante intermedios latinos. La escuela de Traductores de Toledo es el lazo de unión entre las tres culturas hebrea, árabe, latino-eclesiástica, de cuya fusión nace en gran parte el fondo didáctico de la mayoría de los primeros tanteos en prosa castellana" (10).

En esta misma época, Alfonso X "El Sabio" cultiva en su corte el gallego y en él canta sus célebres "cantigas". Pero, cuando decide recoger el pensamiento científico de su época; cuando decide redactar el "Fuero Real" sobre el que ha de tomar estructura firme y estable la unidad nacional ya formada; y, sobre todo, cuando escribe las *Partidas*, lo hace en castellano. "Se ha dicho, —dice el mismo Valbuena Pratt ya citado—, que en el siglo XIII (y comienzos del XIV) ha habido cuatro cosas fundamentales: la arquitectura gótica, la Summa de Santo Tomás, la Divina Comedia y las *Partidas* de Alfonso El Sabio"

Y es ya aquel inmortal final del siglo XV. Granada, el último reducto moro, cae en manos de Castilla, que sella así definitivamente la unidad nacional y salva toda una civilización para la Cristiandad. El castellano puede llamarse ya "el español", la lengua nacional de España. Es el momento en que Antonio de Nebrija lo ve en "su más alta cumbre" y considera necesario darle su Gramática (que en efecto termina de imprimir en Salamanca el 18 de Agosto de 1492) para que, después de haberse sometido al dominio de Castilla "muchos pueblos bárbaros e naciones de peregrinas lenguas" y con el vencimiento éstos tengan necesidad de recibir la lengua castellana, lo puedan hacer por este su "arte", de la misma manera que se aprendía el latín por el arte de la gramática latina (11).

Hasta entonces, sólo los idiomas tradicionales, —el hebreo, el griego, el latín—, poseían su gramática; viniendo a ser, por consiguiente, esta gramática castellana de Nebrija la primera de todas las lenguas neo-latinas. Es la clara sensación de un destino universal. Mejor aún, la plena convicción de sentirse portador de valores culturales de significación original y universal, que llega tanto más a la realidad, cuanto más se reconoce identificado con el latín.

No es sueño de Nebrija. No. Es conciencia de lo que es. Mas cuán largo sobre el tiempo y cuán extenso sobre el globo se abriría aquel imperio, del que esta cima admirada por el gran renacentista no era más que el comenzar por ese grito mainero que Rodrigo de Triana está lanzando desde la Santa María. España ha redondeado el mundo y ha hecho dos veces más grande el universo. Y sobre esta redondez geográfica, ha abierto, —por la virgen tierra de América—, las más grandes posibilidades de afirmación universal para lo occidental-cristiano.

El Español está ahora, al otro lado del Atlántico, ante el asombro de "lo indígena". Sus acentos vibran, tremendamente interrogantes, ante el misterio de unas civilizaciones de piedra y de puro músculo humano que no conocen la rueda, ni el pastoreo, ni la técnica del hierro, pero que tienen dioses y poetas y sistemas de escrituras, y saben contar el tiempo al ritmo de los astros y leer en las estrellas el destino de sus pueblos. Civilizaciones cu-

yo silencio en la Historia Universal es hasta ese momento la única palabra que habla de su historia.

El impacto que produce en el pensamiento tradicional europeo la presencia del hombre americano queda registrado, con caracteres de intenso dramatismo, en la historia íntima y verdadera del descubrimiento y conquista de América: en esa historia que, maliciosa y traicioneramente, nos tratan de ocultar, —desde afuera y desde adentro—, los enemigos de nuestra tradición. Tiembla con profunda emoción el alma cuando se está frente a este momento trascendental de nuestra vida: ¿Es el indio un ser humano? ¿Es el indio sujeto de cultura al igual que el hombre de las viejas culturas históricas de la Humanidad? ¿Tiene España derecho y justo título para adueñarse de las tierras que por largos siglos han venido perteneciendo a los indios, y convertir a éstos en esclavos como a meros objetos de conquista? Las interrogaciones van así, en un patético crescendo, a medida que la presencia americana va aumentando en la conciencia de España desde las playas del caribe hasta la pujante Tenochtitlán y hasta los mayas y los incas. Y los viejos documentos se estremecen en nuestras manos al descubrir aquellas agitadas y ardorosas polémicas, en las que cada vez más se va afirmando "un concepto nuevo del hombre y de la historia": un concepto ético y trascendente, en el que triunfa definitivamente la imagen del "hombre cristiano", del hombre cuya propia naturaleza no admite diferencia de raza ni desigualdades esenciales. "La primera opinión optimista sobre los naturales de América, —dice en su magistral y bien documentado estudio sobre "el sentido misional de la Conquista de América" Vicente D. Sierra—, está registrada en la Bula Inter Caetera de 1493, al considerar aptos a los indios para recibir la Fe Católica, opinión que más tarde, en apasionados escritos, sostendrían los dominicos Las Casas, Montesinos y otros" (12).

Especialmente, el Padre Las Casas pregunta;

"¿Estos no son hombres? ¿Con éstos no se deben guardar y cumplir los preceptos de la caridad y la justicia? ¿Estos no tenían sus tierras propias y sus señores y señoríos?" Fluye bien claro en este argumento esgrimido en 1511 por el Padre Las Casas el argumento fundamental que orientó en forma decisiva el pensamiento español frente al problema del indio: "el hecho puro y simple de ser hombre". Un argumento, más que todo, de "conciencia": de carácter religioso-católico. "El descubrimiento inesperado de un Nuevo Mundo, —dice el mismo Vicente D. Sierra antes citado—, no podía, a pesar del carácter que tomó desde entonces la empresa conquistadora, hacer olvidar los ideales políticos esenciales en casi todas las directivas de Fernando, sobre todo en cuanto ellos se referían a la extensión de sus estados patrimoniales. Pero es lo religioso lo predominante en la vida española de entonces, y a tal punto los problemas de conciencia determinan la conducta del individuo, que ante las reclamaciones por malos tratos a los indios, que comienzan por poner en duda sus justos títulos, Fernando llama a Junta de Teólogos, canonistas y jurisconsultos, en Burgos, y en 1512; como el año siguiente lo hará en Valladolid..." (13).

No se registra en ningún otro caso de expansión cultural un hecho semejante al que realiza España con América al discutirse a sí misma su propio derecho de conquista.

En el fondo de esta conmovedora discusión quedan bien deslindados los extremos entre: "Un mundo viejo" que aún se atreve a sostener con Ginés de Sepúlveda el tradicional concepto aristotélico justificativo de la esclavitud, que reconoce desigualdades esenciales entre los hombres y diferencia entre razas superiores y razas inferiores; y "un mundo nuevo" en el que triunfa definitivamente con Francisco de Vittoria y con la brillante Escuela Dominica de Salamanca (y aún pudiera decirse que con la teología toda de España) el concepto católico del hombre, de amplio y completo sentido universal y de profundo respeto a la dignidad y a la libertad de la persona.

Toda una extensa y justa legislación dio forma y realidad a este concepto en un derecho protector y garantizador del indio, que es hoy fuente y fecunda inspiración para el moderno derecho social. Mientras en el "mestizaje de sangre" venía a tomar cuerpo y alma la figura de este "hombre nuevo" creado en nuestra tierra por la cultura hispano-católica; y el perfil del "hispanoamericano" empezaría a asomar por los horizontes de la Historia sobre el amor de dos seres para quienes nunca había habido distancia ni separación de razas.

El sentimiento de universalidad, —que ha venido vibrando en cada uno de los momentos del castellano—, llega ahora, en la aventura de América, a la plenitud máxima de todo un sentimiento de Humanidad que cada vez más se afirma en el tono de esa prosa polémica y en el estilo de ordenanzas y de reales cédulas del nuevo derecho. Más, sobre estas formas, —sin ninguna duda interesantes—, es preciso que señalemos como se debe esa otra huella que por todos los caminos del mundo indígena van rubricando soldados y misioneros. Son ellos los que, en la conquista del suelo y en la conquista del alma, van haciendo de la lengua española el verdadero medio de comunicación entre el hispano y el indio. Son ellos los que, al entrar en contacto con la tierra y con el hombre de América, reciben las nuevas voces con que el indio ha simbolizado su mundo y que se hace necesario incorporar a la geografía y al léxico del mundo hispánico, con tanta más urgencia cuanto más íntimo y más sentido se hace el contacto (14). Es en ellos, en suma, en quienes la palabra adquiere su natural y trascendental valor de representación de nuestro mundo exterior e interior y de configuración de una conciencia colectiva; de ese "mundo nuevo" y de esa "nueva conciencia" que van surgiendo dentro del mismo corazón de los dos mundos encontrados. Y una vez más se ha de cumplir en nuestro idioma ese sentido "soldático" o de "militarismo religioso" que nos descubre Karl Vossler desde el Cantar del Mío Cid (15).

Oleada tras oleada de conquistadores, primero, y de colonizadores después van trasladando al labio y al corazón del indio el nombre y el adjetivo, el pronombre y el verbo, el artículo, la interjección española; constituyéndose así, bien pronto, —entre ambos elementos étnicos y culturales—, las nuevas comunidades lingüísticas de perfecta unidad hispanoamericana. Algunas veces, el contacto entre los núcleos peninsulares y estos nuevos núcleos coloniales se hace tan directa y tan intensamente (como es el caso, por ejemplo, de México y de Lima) que la evolución del idioma sigue en ambos un ritmo igual y homogéneo. Por el contrario, otras regiones idiomáticas de América se mantendrán en menor contacto con los centros peninsulares (por la falta de Universidad, por su me-

nor significación política o por otra causa semejante) que dará lugar a una evolución más lenta o más irregular y en cierta forma más particular.

Estos grados de evolución y desarrollo del español americano nos explicarán hoy, entre otras cosas, —y como tan claramente nos lo hacen ver los estudios lingüísticos de Amado Alonso (16)—, los diferentes empleos del "tú" y del "vos" que en la actualidad encontramos en nuestros pueblos; o bien esa agradable y poética pervivencia de ciertas formas de romance y de teatro del Siglo de Oro tan frecuentes en nuestro lenguaje conversacional.

El misionero especialmente produce, en esta interesante penetración de lo hispánico por América, un hecho notable y de gran significación para la formación de una verdadera unidad cultural de mestizaje y de fusión de los dos elementos en contacto. El espíritu de evangelización, que anima la empresa de aquellos hombres, pretende y exige de ellos mismos un medio eficaz de hacer llegar los misterios de nuestra fe al espíritu del indio sin violentar su conciencia. . . Y es entonces cómo conciben, desde el principio, la idea de entregarse al conocimiento de las lenguas naturales de los indios para verter en ellas la doctrina cristiana. Esto implica, desde luego, un serio peligro, cual es de no poder verificar una fiel y auténtica versión indígena de los dogmas cristianos, por una falta de buen conocimiento del sentido de las voces y de las construcciones gramaticales aborígenes. Bien lo saben aquellos hombres extraordinarios, como con abundantísima prueba documental nos lo evidencia el ya varias veces citado Vicente D. Sierra (17). Y, precisamente, a este cuidado que en ello ponen los misioneros, se debe el hecho trascendental que estamos considerando, de haberse despertado en América una inquietud sin igual por los estudios lingüísticos que llevan a una científica y seria obra de investigación de las lenguas indígenas y de comparación de ellas con el español, que integra la verdadera y fecunda comunión entre sus dos mundos respectivos.

"Obra de titanes, esa realizada con las lenguas de los naturales, —dice con grandísimo acierto Sierra—, basta con el recuerdo heroico de Fray Bernardino de Sahagún para confirmar la tesis" (18). Este excelso misionero franciscano recoge, en efecto, en doce libros todo el universo azteca en una giganteca labor, que nada pone tan de manifiesto como sus mismas palabras. "Es esta obra, —dice en su prólogo—, como una red barredera para sacar a luz todos los vocablos de esta lengua con sus propias y metafóricas significaciones, y todas sus maneras de hablar, y las más de sus antiguallas buenas y malas. " (18). Y así como ésta, la figura del no menos preclaro Fray Ildefonso Joseph de Flores, en cuyo "Arte de la lengua cachiquel o Guatmaltico" se profundiza por las raíces más hondas de lo maya-quiché. Y la del ilustre dominico Fray Domingo de Santo Tomás, quien hace imprimir en Valladolid, y en 1560, la primera gramática de la lengua quechua, que es seguida luego por la "Gramática y Arte nueva de la lengua general de todo el Perú, llamada lengua quichua o lengua del inca" de Fray Diego González de Holguín. Con los cuales nombres no hacemos más que señalar lo más representativo de cada una de las tres más importantes regiones de cultura indígena, pues bien pudiéramos seguir enriqueciendo la lista con innumerables citas de misioneros como éstos. . . Al evocarlos, palpita inmediatamente en nosotros todo el miste-

rio de lo indígena "ya dentro de la ley de Dios en el Cristianismo", como dice el insigne redactor anónimo del *Po-pol Vuh* (20). O sea: un indigenismo vital, de fuerte y vigorosa capacidad de creación y de afirmación en lo universal por la línea del mestizaje, que permaneció ignorado de nosotros mismos hasta hace poco tiempo; y que al revivirse y al revalorizarse en nuestro tiempo por las modernas investigaciones históricas, abre en nuestros pueblos toda una enorme posibilidad de originalidad y de re-estructuración de valores de sentido universal. No sé por qué pueda haber aún quienes, pretendiendo la reivindicación de lo indígena en nuestra cultura, no se hunden hasta lo más hondo por esta raíz fecunda de mestizaje y de fusión indo-hispana, en lo cristiano, por donde sube lo originariamente americano hasta lo más alto y más poderoso de lo universal. No sé por qué, en pleno siglo XX, —y a no ser por ignorancia—, pueda haber todavía quienes se atrevan y se complazcan en poner plumas y flechas a lo indígena y arcabuces y lanzas y corazas de hierro a lo hispánico para re-continuar sobre el tiempo una lucha entre ambos elementos de nuestro ser y romper por la mitad la integración del mestizaje, regresando de nuevo al indio a la montaña. ¿No podrán comprender estas falsas actitudes indigenistas, que si ahora existe el indigenismo, que si ahora concedemos importancia y significación cultural a lo indígena, no es porque algún indio nos lo haya hecho ver, ni menos aún porque nos lo haya enseñado algún inglés, algún ruso o algún francés, sino única y absolutamente por esa concepción ética y trascendente que del indio hizo lo hispano católico

No se escapará sin embargo, en esta admiración confesada por la labor misionera de estudio y de cultivo de las lenguas aborígenes, el grave riesgo en que ella misma pudo poner a la fundamental obra de creación y de constitución definitiva de una sola unidad hispanoamericana. Y menos podía pasarle por alto a la previsora mentalidad de los monarcas españoles, que con tanto empeño habían venido ordenando a clérigos, virreyes y gobernadores la enseñanza del castellano a los indígenas. Porque, —como decía el Emperador don Carlos a 7 de Junio y 17 de Julio de 1550—, "habiendo hecho particular examen sobre sí aún en la más perfecta lengua de los Indios se pueden explicar bien, y con propiedad los misterios de nuestra Santa Fe Católica, se ha reconocido, que no es posible sin cometer grandes disonancias, e imperfecciones, y aunque están fundadas Cátedras, donde sean enseñados los Sacerdotes, que hubieren de doctrinar a los Indios, no es remedio bastante, por ser mucha la variedad de lenguas "Y habiendo resuelto, que convendrá introducir la Castellana, ordenamos que a los Indios" se les pongan Maestros, que enseñen a los que voluntariamente quisieren aprender, como les sea de menos molestia y sin costa: y ha parecido, que esto podrían hacer bien los Sacristanes, como en las Aldeas de estos Reynos enseñan a leer, y escribir, y la Doctrina Cristiana" (21). Y para que, —como enfatizaba posteriormente una prescripción real de 10 de Mayo de 1770—, "en mucha diversidad de lenguas no se confundieran los hombres como en la Torre de Babel" (22)

Se encontraba de este modo el español ante dos perspectivas aparentemente contradictorias pero en realidad de integración de la una con la otra, en una sola actividad creadora de síntesis cultural: La una, que bien podemos

llamar de "profundización vertical", y que era la que desarrollaba la labor de los misioneros con las lenguas aborígenes. Y a otra, de "extensión horizontal", que se presentaba en esa necesidad reconocida por la Corona de enseñar el castellano a los indígenas.

Ciertamente que, entre ambas, parecerá siempre de mayor importancia esta última para el propio desarrollo de la lengua española, como para la unificación del diverso mundo indígena, por cuanto la primera podía llevar a la larga a un renunciamiento del castellano y a una afirmación de particularismos indígenas capaz de provocar una feudalización del mundo americano. Y he aquí lo que podemos encontrar de contradictorio y excluyente entre las dos. Pero, apreciado en conjunto su desenvolvimiento hallaremos: 1º) que en la penetración vertical que los misioneros hacen de las lenguas aborígenes no está ausente la lengua española, sino que, por el contrario, es en función de ella que se hace tal penetración; y 2º) que esta misma labor realiza una verdadera y completa profundización del alma indígena que facilita la entrega de la nueva lengua.

Permítaseme aclarar cada una de esas dos afirmaciones. Y permítaseme para ello traer a cuenta el método o el procedimiento usado por Fray Bernardino de Sahagún. Sabemos, en efecto, por lo que él mismo explica, que para realizar sus estudios e investigaciones adiestró primero a cuatro indígenas en el uso y buen manejo del español. Luego se trasladó con ellos a los propios lugares en donde se conservaban con mayor pureza las tradiciones aborígenes y en donde los más antiguos fueron escribiendo sus memorias y relatos populares con los signos pictográficos aztecas; al pie de los cuales los "indios lenguas" explicaban en su propio idioma su significado valiéndose para ello de los signos fonéticos castellanos. Cerca de dos años se llevó esta paciente labor, a cuyo final se trasladó Sahagún con sus escritos a Tlaltelolco, en donde se dio por cuatro años a la dura tarea de trasladarlo todo a los doce libros que antes hice referencia, y en los cuales tres columnas registran en cada página: la relación en idioma náhuatl, su traducción española, y un comentario sobre el uso de los vocablos indígenas; lo que evidencia por sí solo la enorme trascendencia del papel desempeñado en ese momento por la lengua española, para permitir por sus propios elementos idiomáticos (fonética, semántica, gramática, etc.), la penetración de las lenguas indígenas.

El mismo Sahagún, igualmente, nos convence de la eficacia que el conocimiento e investigación de las lenguas aborígenes concede para el mejor entendimiento de la psicología y del modo de ser del indígena; y, por consiguiente, para el mejor trato y entendimiento con él. Sus propias palabras valen hoy por toda una teoría de psicología del lenguaje, cuando al comparar a predicadores y confesores con los médicos, —y al recordar la necesidad que éstos tienen de conocer a fondo la naturaleza esencial del cuerpo humano y las causas de las enfermedades— hace ver cómo el conocimiento de los idiomas indígenas es lo único que puede llevar al descubrimiento de su alma y de las motivaciones de su actuación social (23).

Y es así, señores académicos, cómo, si el maravilloso despliegue horizontal del español por todo el mundo indígena, impide que la actuación culturizada derive en

una feudalización de este mundo y afirma y constituye su unidad en la nueva unidad del mestizaje hispanoamericano, la intensa penetración en las lenguas aborígenes salva, por otra parte, a la actividad hispanizante del nuevo idioma de convertirse en un simple hecho repetidor del fenómeno de "romanización" y hace que la "hispanización" sea, con la presencia viva de lo indígena, todo un hecho verdaderamente "nuevo" de síntesis y de creación de mestizaje.

Símbolo y expresión de esta vigorosa fuerza creadora de valores nuevos se levanta, desde el mismo momento en que el español empieza a actuar, la inmensa figura del mestizaje cuzqueño Garcilaso El Inca. La voz del indio americano se abre por sus "Comentarios Reales de los Incas" con un tono nuevo de pujante afirmación en lo universal, por la espléndida sonoridad de la prosa castellana. Lo que es como un agigantarse de lo indígena en la Historia y en la Cultura por lo hispánico; o como un renacer pujante de lo español por lo virginalmente americano, que el mismo Garcilaso expresa en aquella su conmovedora advertencia: "pues soy indio, que en esta historia yo escriba como indio con las mismas letras que aquellas tales dicciones (24) se deben escribir".

Esta es, señores académicos, "nuestra lengua"; la que forma la esencia de nuestro ser y la que da plena realidad en la palabra a nuestra propia concepción del hombre y de la vida. Al pulsar cada uno de los momentos de su historia, vibra, como acabamos de ver, el más intenso sentido de síntesis creadora de valores culturales y de afirmación de éstos en lo universal, que idioma alguno puede presentar en los tiempos y en la geografía, y del que nosotros mismos somos la mejor confirmación. Esto nos debe llevar al convencimiento de que estamos en posesión de un instrumento verdaderamente capaz de permitir con éxito esa "re-integración de valores" que la Humanidad nos está demandando, cada vez con mayor exigencia. Todo está, simplemente, en que nos responsabilicemos de este destino y sepamos cumplir con una misión histórica.

No quiero seguir abusando de vuestra paciencia, —que harto lo he venido haciendo hasta el momento—, y por eso voy a abstenerme de analizar, como quisiera, las cualidades de "creación" que de por sí tiene nuestro idioma. Más, comprendiendo que es completamente imposible terminar un análisis como el que venimos haciendo, sin que me refiera aunque sea someramente a tan interesante cuestión, por cuanto ello puede producir mayor confianza en su eficacia, permitidme que así lo haga, brevemente.

Bien sabemos, señores que la capacidad creadora de un idioma se puede constatar, tanto en su forma de "habla popular" (o de lenguaje hablado), como más exactamente todavía, en su forma de "lenguaje escrito o de lenguaje literario.

En cuanto a lo primero, creo que es suficiente para tomar una idea clara del asunto, el reconocimiento que el eminente filólogo alemán ya antes mencionado, Karl Vossler, hace en su magistral estudio sobre "la fisonomía literaria y lingüística del español", de ser nuestro idioma el que más refranes, adagios y proverbios tiene en el mundo (25).

Quizás el estar nosotros mismos dentro del hecho que nos evidencia Vossler, no nos permite conceder el valor que se merece a esa expresión tan propia de nuestro pueblo: "como dice el dicho", con que se trata de asegurar la verdad o la certeza de algo a la luz de la más viva sabiduría o experiencia popular formulada tras largas generaciones en eso que entre nosotros se llama "el dicho", o sea: el refrán, el adagio, el proverbio.

Valdría la pena investigar y meditar un poco más sobre este aspecto que pone tan de manifiesto un poder de "entendimiento natural de las cosas"; un poder de intuición para penetrar la verdad de nuestra vida por lo común y cotidiano, que quizás sea uno de los reclamos que la actual crisis de la cultura nos plantea con urgencia.

Algo de oriental parece latir en el fondo, si hacemos memoria del valor que el proverbio ha tenido entre los hebreos y de la gran significación de la máxima, del refrán y del adagio en todos los pueblos orientales, desde los árabes hasta los chinos. Algo de oriental que puede ser apenas una punta por donde empezamos a desenvolver, de adentro de nosotros, el elemento capaz de restablecer en lo universal la unidad rota por la alternativa de "Oriente u Occidente".

En este mismo estudio que acabamos de citar, Karl Vossler desentraña la naturaleza íntima de la literatura española y nos hace encontrar en ella lo que él llama "creación eruptiva", o sea, un sentido de creación en el que el autor está siempre frente a un "oyente", más que frente a un "lector", y en el que éste participa, en cierta forma y en gran parte, de esa actividad creadora. Bajo tal impulso, —y según sus personales aseveraciones—, "la poesía se baila y canta más que se declama o se lee y se prefiere improvisarla a escribirla. Y cuando es leída en alta voz debe hacerse con gran viveza, como se indica una vez en La Dorotea de Lope. (26). O, para decirlo el mismo Vossler con palabras de otro alemán, Rudolf Lotahr, —expresadas acerca del alma de España—, "en el arte, en la poesía y en "su lengua", la distancia y margen entre hablar y oír, entre la creación y la percepción, es mucho menor que en las de otros pueblos" (27).

Es decir, que, en su creación literaria, nuestra lengua afirma más que en ninguna otra el espíritu del pueblo, estableciéndose una estrecha y directa compenetración de autor y de lector (o escucha); lo que hace del idioma una auténtica expresión del alma colectiva: de sus sentimientos y de sus construcciones mentales de su mundo vivencial. Y lo que da al genio individual mayor facilidad para penetrar lo más hondo de su pueblo.

No es por simple casualidad, pues que nuestra literatura pueda contar con el mayor número de creaciones en las que el pueblo es el verdadero protagonista. Y sobre todo, en las que a través del mito popular (y de la fantasía del autor), se encarna en sus personajes un concepto universal del hombre y de la vida. "Don Quijote", "Don Juan", "La Celestina", "El Lazarillo de Tormes" son así figuras de todos los tiempos y de toda la Humanidad; y figuras en las que el sentido de lo humano se presenta y se afirma sobre un sentido ético y trascendente.

¿Y qué decir del maravilloso teatro del Siglo de Oro en el que un Lope o un Calderón no son sino el alma colectiva en viva voz y el sentimiento puro de lo humano en su más pura expresión? Toda la literatura española, en general, responde a este sentido.

Y el hilo no se rompe al atravesar el Atlántico, sino que continúa desenvolviéndose vigorosamente por el corazón de América. La extraordinaria capacidad creadora del español americano llamó poderosamente la atención de los eruditos críticos españoles desde hace mucho tiempo; llegándose hasta el punto de considerar en 1892 la Real Academia Española de la Lengua, como un deber propio de ella, la publicación de "una Antología de poetas hispano-americanos, con introducciones sobre la historia literaria en cada una de las regiones descubiertas y civilizadas por los españoles en el Nuevo Continente", —y como el mejor acto para conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento de América—, como lo explica nada menos que el genial don Marcelino Menéndez y Pelayo, a cuya sabiduría y buen criterio se encargó tal misión (28).

Esta capacidad parece aumentar y fortalecerse al mismo ritmo de crecimiento y de fortalecimiento de nuestro idioma en los pueblos de Hispano América. "De Rubén Darío hasta nuestros días el florecimiento literario de nuestra América es probablemente uno de los más ricos de la literatura contemporánea universal", nos declara con legítimo orgullo nuestro joven maestro y miembro distinguido de esta Ilustre Corporación, don Pablo Antonio Cuadra, para agregar luego que: "La cantidad de buenos poetas, —de poetas de categoría—, que en este siglo ha producido América no tiene paralelo en ninguna otra lengua" (29).

Sin entrar en largas consideraciones sobre las cualidades propias de la creación literaria hispanoamericana, —en la que se dan fenómenos tan interesantes como el de César Vallejo por ejemplo—, quiero detenerme en esta oportunidad únicamente ante dos casos que bien pueden caracterizar por sí solos a toda esta creación. Señalo a la creación poética de Rubén Darío y a la del "Martín Fierro" de José Hernández.

Por toda su variedad de motivos y de temas, la obra dariana se desenvuelve evidentemente sobre un concepto fundamental que le hace adquirir una perfecta unidad y que es el del reconocimiento y valoración justa de "lo humano"; o quizás mejor "del hombre" en su más exacta realidad de carne y espíritu. Aún lo más trivial y común tiene en nuestro genio un alto y trascendental sentido de afirmación del "hombre", que empieza a crecer, —desde su inicial profundo erotismo—, por una revaloración de "lo carnal" (no de lo simple y absolutamente material) ante los irrealismos del "arte por el arte" en que había desembocado el intelectualismo europeo, hasta lograr su plena configuración en lo que yo me he atrevido a llamar el "esteticismo ético de Rubén Darío" (30) y que Arturo Capdevilla nos expone tan claramente en su magnífico estudio sobre el poeta (31). "Ser digno de la alteza humana y merecedor de la bondad divina" puede ser el principio fundamental de este esteticismo ético, que el propio Rubén formula en uno de sus mensajes de La Tribuna de Vedia (32).

En la esencia de este profundo "humanismo dariano" está eso que nuestro apreciado compañero y eminente hombre de estudio, Julio Ycaza Tigerino llama "el carnalismo" (33) y que, a su vez, no es más que la expresión de los valores primitivos y originales de lo indígena asomados a lo universal por nuestro mestizaje y en lo más puro y afirmativo de lo hispano-católico.

Y es por la línea de este carnalismo por donde, precisamente, se establece la unidad de su creación. Es por ella por donde su verso pasa, sin solución de continuidad, de lo más encerrado de la torre de marfil a lo más abierto de todo un continente; porque en una y otra actitud es el mismo sentido de "lo carnal", como integración del Hombre y de la Cultura en su realidad natural, lo que anima a su obra. Y, —tal como lo hago notar en mi estudio inédito sobre "la presencia de Hispano América en Rubén Darío"—, "así como la postración literaria, así como el dolor de vivir de los enfermos del absolutismo estético provocó en él una clara y decidida actitud de "levantamiento y de higienización" de los espíritus, la no menos postración política y el no menos doloroso, aún, desfallecimiento del alma hispanoamericana pusieron en mayor tensión esa actitud; y en su fina sensibilidad poética empezó a vibrar todo ese clamor continental de que su propia voz se hizo eco, y que ya era, sin ninguna duda, una más viva presencia en él mismo de Hispano América".

Con lo que la obra dariana nos pone bien al descubierto ese sentido de afirmación de los valores éticos y trascendentes del hombre, y esa compenetración íntima entre el autor y el alma de "su pueblo", que hemos venido reconociendo como lo propio y distintivo de la creación literaria de nuestra lengua. Pero, por sobre esto mismo, nos evidencia también, —y sin lugar a ninguna duda—, la capacidad que nuestro mestizaje tiene para realizar verdaderas re-creaciones de valores culturales originales y de sentido universal.

Esta capacidad la demuestra aún más, Rubén, cuando apreciamos su creación desde el punto de vista meramente lingüístico. Aparece entonces, en efecto, su obra estructurada y trabajada con numerosos y delicados préstamos hechos a otras lenguas. Mas al penetrar por lo más hondo de ella nos encontramos, —y como él mismo lo manifiesta en su "Historia de mis libros"—, que al hacer tales préstamos "ya había explorado no solamente el campo de poéticas extranjeras, sino también los cancioneros antiguos, la obra ya completa, ya fragmentaria de los primitivos de la poesía española, en los cuales encontré riquezas de expresión y de gracia que en vano se buscarán en harto celebrados autores de siglos más cercanos". Esto es: Que las experiencias darianas no sólo nos llevan, con él mismo, a la plena confianza en las posibilidades de nuestras tradiciones literarias para permitir con éxito, —y por ellas solas—, originalidad y novedad, sino que también nos hace sentir la magnífica capacidad de estas tradiciones para verificar en ellas trasplantes de otras lenguas, sin perder por esto su autenticidad y su gracia.

En el "Martín Fierro", por su parte, estas posibilidades aparecerán, quizás, más de golpe por el mismo carácter de la obra, que presenta en su estructura una perfecta unidad de tema y una labor literaria que se vale de modismos y de expresiones vernáculos para realizarse.

La comparación que con frecuencia se hace de este héroe gaucho con el gran manchego indica por sí sola el profundo humanismo que encierra la creación de Hernández. Todo en ella refleja, evidentemente, la imagen del hombre que sabe ser "hombre", no lo simple y vulgarmente "macho", sino en una justa y animada integración de valores éticos y trascendentes. Así, Martín Fierro, aun-

que nacido y vivido en el dolor y la pena, sabe enfrentarse a la vida con el canto y llegarse hasta la muerte cantando:

"Ninguno me hable de penas,
porque yo pensando vivo",

dice en un tono casi de reto para todos los que se dejan amargar por el dolor; y su vihuela se temple para acompañar su mensaje:

"Cantando me he de morir,
cantando me han de enterrar
y cantando he de llegar
al pie del Eterno Padre:
Desde el vientre de mi madre
vine a este mundo a cantar".

"Que no se trabe mi lengua
ni me falte la palabra.
El cantar mi gloria labra,
y poniéndome a cantar,
cantando me han de encontrar
aunque la tierra se abra".

¿No es éste el mismo sentido de "lo humano" que expone Rubén en aquella su dramática confesión:

"Yo supe de dolor desde mi infancia:
mi juventud . . . ¿fué juventud la mía?
sus rosas aún me dejan su fragancia,
una fragancia de melancolía.

Potro sin freno se lanzó mi instinto,
mi juventud montó potro sin freno
iba embriagado y con puñal al cinto
si no cayó, fue porque Dios es bueno.

"Más, por gracia de Dios, en mi conciencia
el Bien supo elegir la mejor parte;
y si hubo áspera hiel en mi existencia
melificó toda actitud el Arte.

"bañó el agua castaña el alma mía,
peregrinó mi corazón y traje
de la sagrada selva la armonía" (34) ?

Pero, volviendo a la obra de José Hernández, notemos cómo el valor del hombre se cifra, definitivamente, en el valor del bien y de la justicia, que el propio Martín Fierro expone en los consejos a sus hijos. En ellos deja sus máximas fundamentales; de las que, en esta oportunidad, apenas entresaco estas dos:

"Hay hombres que de su cencia
tienen la cabeza llena,
hay sabios de todas menas;
mas digo sin ser muy ducho:
el aprender cosas güenas".

"El hombre no maté al hombre
ni pelee por fantasía.

Tiene en la desgracia mía
un espejo en que mirarse.
Saber el hombre guardarse
es la gran sabiduría".

Y notemos cómo la experiencia de la vida, el saber recogido de la fuente viva del pueblo es lo que en el fondo alimenta este humanismo:

"Yo nunca tuve otra escuela
que una vida desgraciada"

dice el gaucho perseguido, como poniendo un énfasis especial sobre algo que para él viene a dar sello de autenticidad a su palabra. Con lo cual, el pueblo mismo viene a personificarse en el propio Martín Fierro.

Sigue, pues, nuestra creación literaria presentando, —por cualquiera de sus formas—, ese sentido afirmativo de lo humano y esa plena identificación entre el autor y el alma colectiva de su sociedad.

Y sigue, igualmente, demostrando nuestro idioma una cualidad esencial para permitir por sí mismo, —y por sus propios e íntimos recursos—, toda clase de originalidad y de novedad. Pues, así como tales recursos son exitosamente usados por Darío para efectuar los préstamos a otras lenguas, así Hernández supo también antes echar mano de ellos para jugar felizmente con todos los modismos regionales y todos los criollismos de su tierra y plantar la figura del gaucho en los horizontes universales del mundo y de la Cultura.

¿Qué más pudiéramos, señores académicos, exigir en esta hora a nuestra lengua?

No por simple vanagloria, —ni por querer creer a todo trance en lo nuestro—, sino porque la misma realidad se encarga de gritarlo, puedo concluir este discurso con la más firme y la más segura confianza en las posibilidades de nuestro idioma para dar paso en él a toda una afirmación en lo universal de los valores propios y originales de lo hispanoamericano. Todo está, en que, —como ya he dicho antes— sepamos responsabilizarnos de nuestra misión y sepamos cumplir con nuestro destino histórico.

A las Academias Americanas de la Lengua corresponde, de manera especial, el facilitar, promover y dirigir esta misión. Su mismo nacimiento parece indicarles ya, de por sí, una responsabilidad de tal naturaleza, cuando en el correspondiente acuerdo de su creación, la Real Academia Española de la Lengua declara que lo hace "porque en el suelo americano el idioma español recobre y conserve, hasta donde cabe, su nativa pureza y grandilocuente estilo" y para "oponer un dique más poderoso tal vez que las bayonetas mismas, al espíritu invasor de la raza anglo-sajona en el mundo por Colón descubierto" (35). Esto es: Para que las nuevas Instituciones se hicieran cargo, junto con ella, del destino de una lengua, que habiendo nacido y habiendo crecido en el viejo suelo hispano, estaba ya definitivamente arraigada en la tierra americana. Y, sobre todo, —y esto quiero que resalte bien en esta oportunidad—, para que ellas se constituyeran en un baluarte frente a las amenazas de invasión de la raza anglo-sajona; de esa amenaza que, años más tarde, expresarían tan claramente el gran poeta de Hispano América en su angustiosa interrogación a los cisnes: "¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?" (36).

Y he dicho que quiero que resalte bien, no propiamente por lo que ello tiene de "anti" o de "actitud frente a determinada raza o lengua", (que, para el caso, vale para mí lo mismo que sea anglo-sajona, rusa o francesa), sino, por el contrario, por lo que tiene de afirmativo y de señalamiento de un quehacer fundamental para las nuevas Academias, cual es: el de hacernos permanecer en lo nuestro; el de fortalecernos y robustecer nuestra presencia ante "el otro" (y ante los otros) por el fortaleci-

miento y desarrollo de nuestra originalidad y de nuestra autenticidad.

Yo no dudo, señores, de que en vuestro ánimo está el saber cumplir con este compromiso que es un compromiso con nosotros mismos. Y mientras así sea, clama la voz de los tiempos urgiendo nuestra presencia, y sea verbo, encarnación y realidad de un nuevo espíritu para la humanidad.

NOTAS

- (1) Alberto Baltra Cortés — "Crecimiento Económico de América Latina" — Editorial del Pacífico, S. A., Santiago de Chile
- (2) "La historia de la cultura portuguesa está ligada a la de la cultura española; en la literatura ha habido influencias mutuas; y así, mientras en los siglos XII y XIII era común que los castellanos compusieran cantares en portugués, en el XVI y en el XVII los portugueses escribieron mucho en castellano, tanto versos como prosas" — Pedro Henríquez Ureña: "Historia de la Cultura en la América Hispánica", Editorial Fondo de Cultura Económica, México D. F.
- (3) Pía Laviosa Zambotti — "Origen y destino de la Cultura Occidental" — Traducción, Ediciones Guadarrama (Madrid)
- (4) José Vasconcelos: "La Raza Cósmica", — Colec Austral Espasa Calpe —
- (5) Ralph Unton: "Cultura y Personalidad" Cap 2º Colec Breviarios Fondo de Cultura Económica México.
- (6) Antonio de Nebrija: Prólogo de su "Gramática Castellana" — Texto establecido sobre la ed princeps de 1492 — Vol I — Madrid, 1946
- (7) Amado Alonso: "Castellano, Idioma Nacional" — Edit Losada, S. A., Buenos Aires —
- (8) Cita de don Ramón Méndez Pidal: "Orígenes del Español" — Madrid, 1926
- (9) Karl Vossler: "Cultura y Lengua de Francia" — Trad española de Editorial Losada, Buenos Aires
- (10) Angel Valbuena Prat: "Historia de la Literatura Española" — Edit Gustavo Gili — Tomo I — Cap V
- (11) Antonio de Nebrija: Prólogo de su "Gramática Castellana" — Texto ob cit
- (12) Vicente D. Sierra: "El sentido misional de la Conquista de América" — Publicaciones del Consejo de la Hispanidad — Madrid
- (13) Vicente D Sierra: ob. cit, Pág 88
- (14) "Era enorme la variedad de los pueblos indígenas. Los idiomas que hablaban eran centenares. Según una de las clasificaciones propuestas por los filólogos (Ribet), constituían ciento veinte y tres familias. De esas familias, unas comprenden una sola familia, como la araucana de Chile, mientras otras abarcan docenas: por ejemplo, la familia uto-azteca o shoshone-azteca, que abarca veinte y cinco grupos de dialectos en México, los Estados Unidos y la América Central; la familia chibcha, en la América Central y la América del Sur, con diez y seis tipos; la familia maya o maya-quechic, en México y en la América Central; la arahuca y la caribe, en las Antillas y la América del Sur; la tupi-guaraní, en la América del Sur". "De estos idiomas, los que dieron mayor contingente de palabras a los europeos, especialmente al español, fueron el taino de las Grandes Antillas, perteneciente a la familia arahuca (barbacoa, batata o patata, batea, bohío, cacique, canibal, canoa, caoba, Carey, cayote, celba, cocuyo, guayacán, hamaca, huracán, iguana, macana, maguete, maíz, maní, naguas, papaya, sabana, tabaco, yuca), el náhuatl, la lengua de los aztecas (aguacate, cacao, coyote, chicle, chile, chocolate, jícara, petaca, petate, tamal, tiza, tomate), el quechua del Perú (alpaca, cancha, cóndor, guano, llama, — animal —, mate, pampa, papa, puma, tanda, vicuña, yapa o ñapa). De la familia caribe proceden unas pocas (manatí, piragua, probablemente butaca y colibrí); de la tupi-guaraní, ananás, copaiba, ipecacuana, jaguar mandiocca, maraca ombú, petunia, tapioca, tapir, tucán tupinambo" — Pedro Henríquez Ureña: "Historia de la Cultura en la América Hispánica", páginas 10 y 11
- Entre los soldados conquistadores habrá quienes, — como Bernal Díaz del Castillo —, alcancen renombre por sus narraciones; y poetas, como Alonso de Ercilla y Zúñiga, en cuyos versos resonará siempre con acentos épicos aquel

"Chile, fértil provincia y señalada
en la región antártica famosa,
de remotas naciones respetada
por fuerte, principal y generosa";
(La Araucana, Canto I)
- (15) "Pero hay un gran motivo que persiste y actúa en la literatura de ambas épocas (de la Edad Media y de los siglos XVI y XVII de la literatura española), a través de todas las vicisitudes de su historia y de los distintos estilos: es lo que pudéramos llamar sentimiento metafísico del honor o, quizás mejor, militarismo religioso." "En el Cantar encontramos un espíritu soldático no clerical y un ambiente rudo, optimista y de victoria". — Karl Vossler: "Algunos caracteres de la Cultura española — Carta Española a Hugo von Hofmannsthal" — Colección Austral, Espasa Calpe — Pág 10 y 15
- (16) Amado Alonso: "Estudios lingüísticos — Temas Hispanoamericanos — Algunas cuestiones fundamentales" — Editorial Gredos, Madrid. También: Arturo Capdevilla en "Babel y el Castellano", Editorial Losada, S. A., págs 68 — y sigs
- (17) Vicente D Sierra: "El sentido misional de la Conquista de América", págs 273 y sigs
- (18) Vicente D Sierra, ob cit
- (19) Citado por Vicente D Sierra, misma obra
- (20) Popol Vuh — Traducción e introducción por Adrián Recinos — Fon-
- do de Cultura Económica — México, D F
- (21) Libro VI, Título I, Ley XVIII — "Recopilación de leyes de los Reynos de las Indias" — Edición del Consejo de la Hispanidad, Madrid — Tomo II
- (22) Citada por Enrique de Gandía: "España en la conquista del mundo" — Edit Claridad, Buenos Aires — Págs 320 y 321.
- (23) "El médico no puede acertadamente aplicar las medicinas al enfermo (sin) que primero conozca de qué humor, o de qué causa procede la enfermedad; de manera que el buen médico conviene sea docto en el conocimiento de las medicinas y en el de las enfermedades y (por- que) los predicadores y confesores médicos son de las ánimas, para curar las enfermedades espirituales conviene (que) tengan experiencia de las medicinas y de las enfermedades espirituales." Prólogo de Sahagún, citado por Vicente D Sierra en "El sentido misional de la conquista de América", págs. 492 y 493
- (24) Se refiere Garcilaso en estas "Advertencias" a los caracteres fonéticos de la "lengua general de los indios del Perú", de la que dice "tiene tres maneras diversas para pronunciar algunas sílabas, muy diferentes de como las pronuncia la lengua española, en las cuales pronuncian consisten las diferentes significaciones de un mismo vocablo" También hace ver cómo en esta lengua "faltan las letras siguientes: b, d, f, g, j, jota; l sencilla no la hay, sino ll duplicada y al contrario no hay pronunciación de rr duplicada en principio de parte ni en medio de la dición, sino que siempre se ha de pronunciar sencilla. Tampoco hay x, de manera que del todo faltan seis letras del a b c español o castellano y podemos decir que faltan ocho con ll sencilla y con la rr duplicada. Los españoles añaden estas letras en perjuicio y corrupción del lenguaje, y, como los indios no las tienen, comúnmente pronuncian mal las diciones españolas que las tienen." Y para atajar esta corrupción pide la licencia de escribir como indio tales diciones. "Comentarios Reales de los Incas" — Advertencias — Ediciones Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima
- (25) "Todas estas observaciones pueden aplicarse también a los refranes, adagios y proverbios españoles, de los que no se encuentra mayor número en ninguna lengua del mundo. Entre los años 1875 y 1925, Rodríguez Marín ha recogido más de 20 000 refranes castellanos que no estaban en las grandes colecciones de Gonzalo Corrales, José María Sbarbí y otros. El refrán es, como en las grandes obras biográficas en la literatura española, una biografía en pequeño, un trozo de un conjunto permanente, un fragmento del espejo del mundo en que se refleja el mundo entero, una cosa mixta entre poesía y prosa, lo mismo que la novela picaresca y la acción en prosa." Karl Vossler: "Algunos caracteres de la cultura española" — La fisonomía literaria y lingüística del español — Colección Austral de la Espasa Calpe, págs 60 y 61
- (26) Karl Vossler: "Algunos caracteres de la cultura española", pág 52
- (27) Karl Vossler: "Algunos caracteres de la cultura española", pág 53
- (28) Doctor don Marcelino Menéndez y Pelayo: "Historia de la Poesía Hispanoamericana", Tomo I — Librería General de Victoriano Suárez, Madrid 1913
- (29) Pablo Antonio Cuadra: "Torres de Dios" (Dos mares y cinco poetas, Introducción) Ediciones Lengua, Managua, 1958
- (30) En mi ensayo "Presencia de Hispano América en Rubén Darío", todavía inédito y del que sólo he publicado algunos capítulos en: "Cuadernos Universitarios" (Universidad Nacional) de León y "Revista Conservadora" de Managua
- (31) Arturo Capdevilla: "Rubén Darío" — "Un bardo rei" — Colección Austral de la Espasa Calpe.
- (32) "Felizmente no es el mundo como lo ven los pálidos amantes de la Desgracia. La humanidad está enferma, es cierto. Pero, ¡bonito modo de curarla! Los predicadores de la muerte no miran que es peor el remedio que la enfermedad. No es el desdén por la vida; no es la cirugía espantosa del suicidio lo que cura el mal. Es la higiene, la higiene moral, la necesaria. Ser digno de la altura humana y merecedor de la bondad divina" (Rubén Darío: Mensajes de la Tarde (de La Tribuna, de Veda). Citado por Arturo Capdevilla en: "Rubén Darío — un bardo rei", págs 138 y 134.
- (33) Julio Icaza Tigarino
- (34) Rubén Darío: "Yo soy aquél que ayer no más decía" — Cantos de Vida y Esperanza I
- (35) Documento de creación de las Academias Americanas de la Lengua, correspondientes de la Real Academia Española de la Lengua, de 24 de Noviembre de 1870
- Las Academias creadas entonces fueron las siguientes: la Colombia; 2a Venezuela, Ecuador; 3a Centro América con sede en San Salvador; 4a Perú; 5a, Bolivia; 6a Chile; 7a República Argentina y Uruguay; y 8a México
- Para integrar la Centroamericana fueron escogidos: Don Santiago González, don José María Torres Caicedo, don Darío González, don Gregorio Arbizú, don Manuel Méndez, don Pablo Butrigo (único por Nicaragua), don Salvador Valenzuela, don Jacinto Castellanos don Alvaro Contreras y don Lorenzo Montúfar
- (36) Rubén Darío: "Los Cisnes", I ("Cantos de vida y esperanza")